

*Hæc quæcumque vides veteri postrata ruina  
Obruta verbenis, hederis, dum isque jacebant  
Non tulit hispanus Carrillo Alphonsus, honore  
Cardineo fulgens, sed opus licet occupat ingens  
Sic animus Magno reparatque palatia sumptu  
Dum sedet extincto Martinus schismate Quintus.*

La iglesia lleva el nombre de *I Santi Quatro Incoronati*, y está consagrada á los cuatro mártires San Severo, Severiano, Carpóforo y Vitorino, cuyos cuerpos colocó allí el Papa Leon IV. En el palacio contiguo residieron los cardenales titulares de esta iglesia. De allí fueron llamados, para subir á la Silla de San Pedro, Leon IV y Estéban VI. El título de los *Cuatro Coronados* llevaba aquel Cardenal D. Enrique, que fué Rey de Portugal á fines del siglo XVI, despues del desastre de D. Sebastian.

Tales son los monumentos más notables, que en la antigua region celimontana ha levantado la Roma de los Papas sobre las ruinas y los escombros, que allí quedaban de la Roma de los cónsules y de los emperadores.

## EL AVENTINO

EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS Y EN LOS MODERNOS.

### I.

Estamos en la colina plebeya por excelencia: en el cuartel de la democracia romana: diríase que su misma posicion topográfica, en frente del Palatino, simboliza los principales sucesos de su historia.

Como todas las otras colinas, ésta en que nos hallamos tiene su bosque y su leyenda: el bosque de mirtos: la leyenda mitológica de Caco.

Antes de que el Aventino recibiera este nombre *ab Avibus*, por la abundancia de pájaros, que en su selva se escondian, como quiere algun autor, ó de *Aventino*, rey de Alba, sepultado entre sus breñas, ó *ab Adventu*, por la concurrencia de gentes al templo de Diana, ó *ad Advectu*, por la navegacion en barcas, que exigia su valle pantanoso, ó, por último, de *Avente*, nombre de un rio de la Sabina, que los antiguos moradores de este monte quisieron perpetuar; es lo cierto que la fábula habia colocado ya en aquella altura sombría el antro de un famoso aventurero, terror de los pastores del contorno. Virgilio hará de Caco un hijo de Vulcano, convertirá en Hércules al pastor Recaranus, que lo venció, y así, sobre la más humilde de las colinas de Roma, se levantará uno de los más bellos cantos de la *Eneida*.

Aquella irregular floresta, que en los tiempos de Evandro bajaba hasta la orilla del rio, ofrecia dos grandes laureles en dos prominencias ó cimas, de las cuales una, la roca Sacra, la del *Lauretum magnum*, con su templo de Vertumno, dominaba á la menor. Desde esta altura consultará un dia Remo los secretos de lo porvenir: y el presagio será contrario: y el Aventino comenzará á ser monte nefasto, region proscrita, especie de arrabal de la Roma de los reyes. Los patricios lo excluirán del ámbito ó *pomerium* romano, y solamente en los tiempos de Claudio llegará á formar parte integrante de la soberbia ciudad. El Aventino de Remo aparece, desde los albores de la historia, como rival del Palatino de Rómulo. Colina de oposicion, montaña, como diriamos en las cámaras modernas, el Aventino será teatro de todas las insurrecciones y de todos los retraimientos de la plebe, la cual poco á poco irá arrancando privilegios y libertades y franquicias, para entregarlo todo en su dia á un dictador afortunado ó á un tirano sin entrañas.

Alguna vez, paseando por los jardines, que hoy forman la pintoresca meseta del Palatino, sobre el palacio de los Césares, mirando en frente la solitaria region del Aventino, evocando tiempos y nombres que pasaron, hemos formulado en nuestro espíritu esta tesis, cuya moralidad alcanza á todas las edades de la historia. ¿Cuál de los dos elementos, que representan estas dos colinas, Palatino y Aventino, contribuyó más al definitivo eclipse de la libertad romana? Aquí brotó la monarquía: aquí se agitaban las ambiciones de los patricios: aquí se mantuvo siempre una especie de tradicion conservadora, aristocrática, ó como quiera llamarse, que tomará esencia de dominio absoluto en César, y forma de gobierno imperial en Augusto: pero allí enfrente hierve el tumulto popular, allí fructifica el árbol de la rebelion: desde Bruto el viejo, que acaudilla al pueblo en su retirada al monte Sacro, hasta los Gracos, hasta los últimos tiempos de la república, el Aventino, queriendo ser alcázar de las libertades plebeyas, fué en realidad, con sus exageraciones democráticas, el auxiliar más poderoso de la reaccion dictatorial, y el coautor más eficaz del imperio. Leida á

buena luz la historia del Aventino, ofrece sin duda los capítulos más interesantes é instructivos de la historia de la república romana, tan útil para el estudio de las democracias modernas.

## II.

En los tiempos históricos, que preceden á Rómulo, está comprobada la existencia de gente y divinidades sabinas en la cumbre y en las faldas del Aventino: la fortaleza pelásgica, llamada *Romuria*, é independiente de Roma, que algunos historiadores colocan en la colina, pertenece ya á un período oscuro, que casi se pierde entre las nebulosidades de la leyenda.

Que el Palatino y el Aventino fueron, en aquella remota edad, tierras de pasto, que recorrian los ganados del rey de Albalonga, guardados por pastores, de donde saldrán los Faústulos y los Rómulos, si no es argumento de leyenda, tan bien aprovechado como la lucha de Hércules con Caco, ladrón de bueyes, es conjetura, que no puede apoyarse en sólida autoridad. No así la influencia y el culto de los sabinos: el dios Fidio, propio de esta mitología y de esta raza, daba nombre á una calle del Aventino: junto al templo de Ceres, diosa del pan entre los sabinos, se alzaba otro á la Luna, diosa melancólica y querida de las florestas, á la cual habia consagrado un altar el caudillo Tacio, el jefe de la familia sabina, cuya tumba en el Aventino, bajo la sombra apacible del laurel grande, era honrada con fiestas y fuegos, con vistosas danzas guerreras, en que brillaban los escudos sagrados (*Ancilia*) y se celebraba la purificacion de las armas. Los restos del *Armilustrum* sostienen hoy una parte de la modesta iglesia de San Alejo.

Sobre la falda, que mira al Palatino, en el bosque de mirtos, que un dia desaparecerá para dar lugar al Circo Máximo, se levanta el templo de Diana, la diosa Mirtea.

Como en el Quirinal hubo un Capitolio viejo, y otro en el monte Tarpeyo, que despues fué Capitolio por antonomasia,

así en el Aventino se establece también el culto de las mismas tres divinidades, que dieron motivo á aquella denominación. Júpiter, especie de númen universal, y Juno y Minerva, númenes de puro origen sabino.

La influencia del culto duró más que la de la raza, y es natural: la historia lo explica perfectamente.

A principios del siglo segundo de Roma (seis ántes de la era vulgar), el rey sabino Anco Marcio, nieto de Numa, siguiendo el espíritu guerrero y conquistador de Tulo Hostilio, mantuvo luchas sangrientas contra los latinos, tomándoles las ciudades de Politorio, Tellene, Ficana y Medullia, engrandeciendo, además, los ámbitos de Roma con la unión del Aventino, que constituye en mansión y alojamiento de los vencidos, como Tulo Hostilio había destinado el Celio á cuartel de los albanos. El Aventino viene, pues, á ser el cuarto monte, en el orden cronológico de los siete, que forman la ciudad. Ahora cabalmente, ocupado por millares de latinos procedentes de las ciudades sojuzgadas, convertido ya en habitación de plebe murmuradora y levantisca, es cuando empieza á hacer méritos para que los patricios lo excluyan más tarde del *Pomærium*, imponiéndole una especie de excomunion política, que durará muchos años. Anco Marcio, el futuro fundador de Ostia, victorioso á este y al otro lado del Tiber, atento á poner orden en la masa ya respetable de sus nuevos súbditos, rodeó de un muro la extensión del Aventino y fundó al pié del Capitolio aquella terrible cárcel, que aún lleva su nombre, Mamertina. ¿Qué diferencia había, pues, entre los latinos, recién llegados al Aventino y al Celio, y los otros habitantes de la region Palatina? La diferencia de origen: los unos, los del Palatino, eran, como si dijéramos, la familia fundadora, la raíz genealógica del pueblo romano: estos otros eran vencidos, trasportados, cuasi prisioneros: y no todos de idéntica procedencia: los del Celio eran los antiguos habitantes de Albalonga, la ciudad más poderosa y altiva de la confederación: entre ellos estaban los representantes de ilustres familias, ya lo hemos dicho, los de la familia Julia, que había de producir señores del universo. Los del Aventino vienen de ciudades más humildes y heterogéneas.

Como la población etrusca desaparece del Celio, cuando vienen los albanos, y baja al *vicus Tuscus*, así la población sabina del Aventino deja pronto las cumbres y las pendientes á la multitud recién llegada, que luego será plebe, y más adelante pueblo soberano, y un poco después rebaño de Calígula y de Claudio y de Neron.

### III.

Tan solitaria y triste como hoy aparece la region del Aventino, fué rica de edificios y monumentos en las remotas edades: sobre su cumbre y en sus pendientes dejaron los reyes y dejó la república y dejó el imperio vestigios de su dominación sucesiva, páginas de piedra y mármol para la historia, perpétuamente renovada, del orgullo humano.

Todavía, al bajar del monte Aventino, cualquiera que sea la dirección que emprendamos, saldrán á nuestro encuentro ruinas imponentes: si miramos hacia el Palatino, el Circo Máximo: si debajo de nosotros, en contraria dirección, la puerta de San Pablo, que conduce á la Basílica Ostiense: á nuestro lado, la pirámide de Cestio y el monte Testaccio: al pié de la colina, las termas de Caracalla: en el fondo, el Tiber: sobre su orilla, al final del *Clivus Publicius*, el templo de Vesta: más lejos, los arcos gigantescos de la cloaca Máxima.

Procedamos con el posible método en la lectura de lo borrado, esto es, en la noticia de los monumentos, que cubrieron la irregular superficie del Aventino.

«Vi dos aras erigidas, dice Dionisio de Halicarnaso, una á Carmenta, sobre la puerta Carmental, en el monte, que se llama Capitolino: otra á Evandro, en el otro monte, que se llama Aventino, no lejos de la puerta Trigemina.»

No ha quedado más noticia del altar de Evandro, primer monumento histórico del Aventino.

Hablando del rey Aventino, dice Ovidio en los *Fastos*:

..... *Qui quo regnaret*

*Eodem monte facit positus; tribuitque vocabula monti.*

Estuvo, pues, en esta colina, cerca de la puerta naval, la tumba del rey Albano: *circa radices montis*, añade Tito Livio: perdiéronse para siempre los vestigios, como se han perdido los de la tumba del rey Tacio, colocada con gran pompa *in Aventinensi Laureto*, al decir de Festo, junto al *Armilustro*, según Plutarco: como se han perdido, en fin, los de la tumba de Remo sobre el lugar de los adversos augurios.

De otro altar, consagrado por Numa sobre la cumbre del Aventino á Júpiter Elicio, tampoco hay más recuerdo que el que ofrecen Tito Livio y Varron.

Del templo de la Luna, inmediato al de Juno Reina, fundado por el rey Servio, sólo se sabe por testimonio de Tácito, que pereció en el incendio de Neron con el de Júpiter Stator y con la Regia de Numa y con el templo de Vesta, que encerraba los dioses penates del pueblo romano.

No se ha perdido tan por completo la memoria del templo de Diana.

Fué éste un monumento destinado á significar la alianza entre romanos y latinos. Servio Tulio quiso que á su construcción contribuyeran todos los pueblos confederados del Lacio, á la manera que los jonios, obedeciendo á idéntico principio, habían levantado el magnífico templo de Diana en Éfeso. El del Aventino fué dedicado el 13 de Agosto del año de Roma 198: en igual día todos los años se celebró desde entónces la fiesta política, como si dijéramos federal. El texto de aquel tratado fué escrito en láminas de plomo, que Dionisio de Halicarnaso dice haber visto, notando que los caracteres latinos guardaban estrecha semejanza con los del antiguo alfabeto griego.

De aquel templo, tan ventajosamente situado, que sirvió más de una vez de fortaleza á la multitud inquieta, y casi siempre rebelde, que poblaba el Aventino, no es posible formar una descripción exacta; la planta de la Roma de los reyes no está al alcance de las investigaciones modernas, como está la de la Roma de los emperadores. La falta de noticias escritas y de

medallas, y de toda otra suerte de reproducción, por lo que hace á muchos monumentos de la antigüedad, no puede ni debe suplirse por conjeturas y adivinaciones. Cuanto se sabe del templo de Diana es que era vasto y magnífico, rodeado de columnas por los cuatro lados (*periptero*), que tenía un gran vestíbulo, al cual se subía por cinco gradas, y que en tiempo de Augusto fué reparado y embellecido, como otros muchos edificios de la ciudad. Suetonio dice, que Augusto exhortó á los poderosos á que contribuyesen, conforme á su riqueza respectiva, al ornamento y esplendor de Roma, ya levantando monumentos, ya componiendo y adornando los antiguos: de esta manera, y por tales insinuaciones, Marcio Philipo erigió el templo de Hércules, Munacio Planco el de Saturno, Cornelio Balbo el teatro, Statilio Tauro el anfiteatro, Asinio Polion el atrio de la libertad, y, por último, L. Cornificio, general, que había sido de Octavio, y cónsul luégo por merced del Emperador, acumuló riquezas y primores en el templo de Diana, que siguió siendo, durante cinco siglos, uno de los más bellos, si no de los más grandiosos monumentos del Aventino; quizá del templo de Diana fueron algunos restos de arquitectura y escultura y mármoles preciosos encontrados en lo alto del Aventino, sobre todo el magnífico bajo-relieve del Endimion, que se guarda en el museo del Capitolio, y un simulacro de Diana Efesina, de alabastro oriental trasparente, desenterrado en una viña muy próxima, el año 1722.

El templo de la libertad, fundado sobre el Aventino por el abuelo de los Gracos, tuvo la fortuna de comunicar su nombre á las construcciones vecinas, que no parece sino que la palabra y la idea y las agitaciones de la libertad dominaban con exceso en aquellas alturas: no hay, pues, que maravillarse si tan pronto cayó sobre ellas la afrenta del despotismo y el silencio de la muerte.

De la libertad se llamó el Júpiter del Capitolio Aventino; de la libertad el atrio de Asinio Pollion, construído por complacer á Augusto, según nos dice Suetonio: todo era de la libertad y para la libertad en aquella cuna de las libertades plebeyas.

Á la época de la República se refiere otro monumento notable del Aventino: el templo de Juno Reina, edificado por el dictador Marco Furio Camilo, despues de la derrota de los Veyos: la estatua de la diosa, trofeo de aquella guerra, fué destruida por un rayo. Las matronas romanas costearon otra estatua de bronce, y subieron en gran pompa á rendir sus homenajes de adoracion á la diosa. Tito Livio describe menudamente cómo se reunieron, junto al templo de Apolo, fuera de la puerta Carmental, y por la misma puerta y el *vico Yugario* llegaron al Foro; desde donde, siguiendo la direccion del *vico Tusco*, el Velabroy el foro Boario, subieron por el *Clivo Publicio*, en cuyo término se hallaba el templo: siguiendo hoy, pues, el itinerario de Tito Livio, se llega por los mismos pasos á la iglesia de Santa Sabina; penetrando en la iglesia, se ven veinte y cuatro hermosas columnas de mármol pario, con sus capiteles corintios, que probablemente pertenecieron al templo de Juno. No fué buen profeta el historiador romano cuando escribió que Juno tenía ya.....

*In Aventinum, aeternam sedem suam.*

Cerca del atrio de la libertad fué el templo de la Buena-Diosa, el de las abominaciones, ante el cual se alzaba la estatua de la vestal Claudia. No léjos, el *Armilustrium*, especie de circo, donde en el mes de Octubre se celebraban los juegos ya indicados de la purificacion de las armas: á su lado el templo y pórtico de Minerva, con seis columnas de frente y trece laterales, reedificado luégo por Augusto, célebre por la devocion con que en él se asociaban los libreros, escritores y poetas, y porque en él cantaron las vestales los versos, compuestos por Livio Andrónico, despues de la segunda guerra púnica.

No es ésta la única tradicion literaria, que se refiere al Aventino; hay otra, que merece respeto y aplauso, que consuela en parte de la amargura, que producen otros recuerdos de aquella colina, donde no sólo insurrecciones y tumultos de la plebe, sino prácticas tenebrosamente inmorales y absurdas, comprometieron más de una vez el reposo y la dignidad de la República.

Al Aventino corresponde la gloria de la primera biblioteca

pública, que en Roma se conoció. Assinio Pollion, el valeroso vencedor de los dálmatas, no mostró sólo su esplendidez en el atrio de la libertad, sino que quiso hacer patrimonio del público las obras del ingenio humano: *Ingenia hominum rempublicam fecit*, dice Plinio. Su biblioteca, abierta al público, cinco años despues de la muerte de César, dió la norma para otras dos, que sucesivamente se establecieron en Roma: la biblioteca Octaviana, en el pórtico de Octavia, y la biblioteca de Augusto en el magnífico atrio del Apolo Palatino. *Scripta Palatinus quaecumque recepit Apollo*, dice Horacio en una de sus epístolas.

Detengámonos breves momentos siquiera ante el recuerdo de estos antiquísimos tesoros de las letras clásicas.

¿Qué eran, qué podian ser, las bibliotecas en el siglo de oro de la literatura latina? Si los muros de arruinados edificios y los capiteles rotos de columnas, que cayeron en pedazos, excitan la curiosidad del viajero amante del estudio y de la erudicion, con más justicia deben excitarla los monumentos, que á la historia del ingenio se refieren, que enseñan los caminos por donde ha llegado hasta nosotros el caudal de ciencia y de poesía de los antiguos pueblos, único alcázar, que no han derribado los siglos; único testigo irrecusable de civilizaciones, que desaparecieron.

Los escritores latinos proporcionan abundantes noticias acerca de los libros y de su formacion y de su comercio, en los tiempos de Augusto y los posteriores.

En todas las avenidas del Foro, esto es, en la via Sacra y en el Argileto, y detras del templo de Saturno, y detras del de Julio César, hubo tiendas (*tavernæ*) de libros, cuyos catálogos aparecian en las columnas ó pilares de las puertas: las obras se exponian en volúmenes ó rollos ó en legajos, ó en unas especies de cajas cilíndricas (*scrinia*) acomodadas á la figura de los volúmenes. Horacio nos recuerda aún aquella famosa librería del *Vicus Janus*, la librería de los poetas á la moda, donde se verificaban reuniones de hombres doctos, verdaderas academias, en que el talento y la gracia tenian sus expansiones quizá más inocentes.

Plinio es el autor de aquella época, que ofrece más interesantes noticias acerca de la *charta* y del *papyrus* y del pergamino; y de la prolija preparacion, de que debian ser objeto ántes de que la pluma (*calamus*) trazase con la tinta (*atramentum*) las líneas rigurosamente ajustadas á la pauta marcada por el *stylo* de plomo ó de hierro.

Las copias se hacian á la vez en una gran sala dispuesta al efecto: la correccion, que despues recaia sobre cada ejemplar, era el acto decisivo de su valor en el mercado: el nombre del corrector y la nota *Recensui* constaban juntamente con el del autor; era la determinacion de una especie de responsabilidad literaria ante el tribunal del público. Del taller de encuadernacion, contiguo al de escritura, hace Ciceron indicaciones en su epístola *ad Atticum*: las páginas escritas por solo un lado se pegaban en las orillas, formando una tira ó franja, en cuyo extremo se ponía un palo labrado, cilíndrico, con dos remates del diámetro del rollo, que lo protegían, alrededor del cual se envolvía todo el libro (*volumen*), desplegándose despues de izquierda á derecha. Las obras se dividían por lo regular en tantos volúmenes como partes ó cantos tuviera; Ovidio nos habla de los quince volúmenes de sus *Metamórfosis*.

Las obras pequeñas no tenían cilindro (*umbilicus*), se arrollaban sin él; ó bien se exponían en cuaderno cosido (*tomus vilis*) entre dos tablas delgadas.

Compréndese bien por estas ligeras noticias cuántas dificultades y gastos ocasionaba la propagacion de las obras del entendimiento, y cuán digno de alabanza fué el empeño de los primeros é infatigables coleccionistas de Roma, á quienes las ciencias y las letras son deudoras de un servicio perpétuamente memorable.

El gusto de las bibliotecas, como el de las artes, vino de Grecia.

Cuenta Plinio, que Euménes, rey de Pérgamo, se propuso rivalizar en el establecimiento de bibliotecas con aquel Ptolomeo, soberano de Egipto, que habia fundado la de Alejandría con una riqueza de volúmenes, que Séneca hace subir á 700.000; y celoso Ptolomeo, prohibió la exportacion

del *papyrus*, planta abundantísima en las orillas del Nilo; y que este acto de *proteccion comercial* sirvió para que los de Pérgamo inventáran el escribir en membranas ó pieles, que han conservado hasta nosotros el nombre local, que entónces recibieron, *pergamina*. Hé aquí un atentado contra la libertad de comercio, que produjo uno de los descubrimientos más interesantes á la propagacion de las obras del ingenio.

Como vinieron á Roma las estatuas y los bajo-relieves y las pinturas de los maestros más insignes de Aténas y de Macedonia y de Rodas, así vinieron tambien los escritos que formaron las renombradas bibliotecas de la Grecia. Paulo Emilio, el vencedor de Perseo, trae una magnífica coleccion de volúmenes: cuarenta años más tarde, Sylla se apodera de la biblioteca del ateniense Apellicon, comprada á los herederos de Aristóteles; Lúculo, en sus campañas de Asia, recoge multitud de documentos preciosos, cuyo mérito pondera Plutarco: en los últimos tiempos de la república, Ciceron y Pomponio Ático son poseedores de ricas colecciones, y tenidos como los bibliófilos más perseverantes y espléndidos de Roma.

El primer ensayo, ensayo nada más, de biblioteca pública, pertenece á Lúculo, que en su vivienda suntuosa de la colina de los jardines (el Pincio actual) permitía generosamente la entrada á las vastas galerías rodeadas de pórticos, verdadero palacio de las Musas, donde al goce de aquellos tesoros literarios se unía el encanto de conversaciones instructivas y de asambleas bien diversas de las que á toda hora se celebraban en Basílicas y en Foros.

Las bibliotecas públicas, no por favor de sus dueños, sino por institucion, aparecen, ya lo hemos dicho, despues de la muerte de César: la primera en el Aventino, la segunda en el campo Marcio, la tercera junto al templo de Apolo, á la extremidad septentrional del atrio Palatino. En ricos armarios numerados, de cedro ó de marfil, divididos en cajones (*vidos*), y adornados con bustos de escritores insignes, se conservan y se facilitan, para la comun ilustracion, las obras de los filósofos, de los historiadores y de los poetas, que han ilustrado á